

JACKIE ONASSIS

idolo con los pies de barro



La primera vez que Jacqueline quedó fascinada por el magnetismo y el «charme» de Onassis, fue hace cinco años. Oficialmente, la primera dama había vuelto a Grecia a visitar los lugares que tanto le habían impresionado dos años antes. Pero el viaje tenía también otro objetivo: persuadir a su hermana, Lee Radziwill, de que «no hiciera tonterías». La Callas era ya, desde hacía tiempo, huésped casi constante del «Christina», pero la mujer a la que entonces seguía Onassis, día y noche, era Lee Bouvier Radziwill: a la Casa Blanca llegaron rumores de que Lee estaba engreída hasta el extremo de estar dispuesta a divorciarse también del segundo marido y casarse con el magnate. Muchos consejeros habían hecho observar al presidente que, con todas las dificultades que la Nueva Frontera tenía con los industriales y con el Congreso, el segundo divorcio de una persona tan próxima a la Casa Blanca era un quebradero de cabeza y había que evitarlo. Pero sobre todo se debía conjurar un matrimonio sensacionalista con un aventurero acusado de haber defraudado al gobierno estadounidense unos cuantos millones de dólares.

Como dos años antes, Jacqueline era huésped de otro armador griego, Markos Nomikos, cuando a primeras horas de la tarde el «Christina» atracó enfrente de la villa y Onassis, que ya había conocido a Jacqueline en 1961, la convenció para que fuera su invitada para la cena y el baile de aquella noche. Antes de volver a tierra, al día siguiente, Jacqueline comenzó un crucero a través del Egeo, y el viaje sólo se interrumpió cuando llegaron de Washington los desesperados telegramas de la Casa Blanca y los despachos con las violentas protestas de los republicanos.

Pero fue después del asesinato del presidente cuando la simpatía se trocó en amistad. Onassis fue uno de los primeros en correr a Washington y, aunque la prensa ignorase la presencia de este hombre anciano y robusto, bien pronto se convirtió en un asiduo frecuentador de la Casa Blanca; después, del chalet que Jacqueline ocupó en Georgetown, y, por último, del apartamento en la Fifth Avenue. Habituada a la vida caótica de la Casa Blanca, en la cual los negocios de Estado y las mil exigencias de la política le habían relegado a un segundo plano, la Kennedy fue sorprendida y encantada de las atenciones siempre dispuestas de Onassis. «Ari es uno de esos hombres que cuando le interesa una

mujer no da la impresión de tener otros intereses en la vida», dijo una vez.

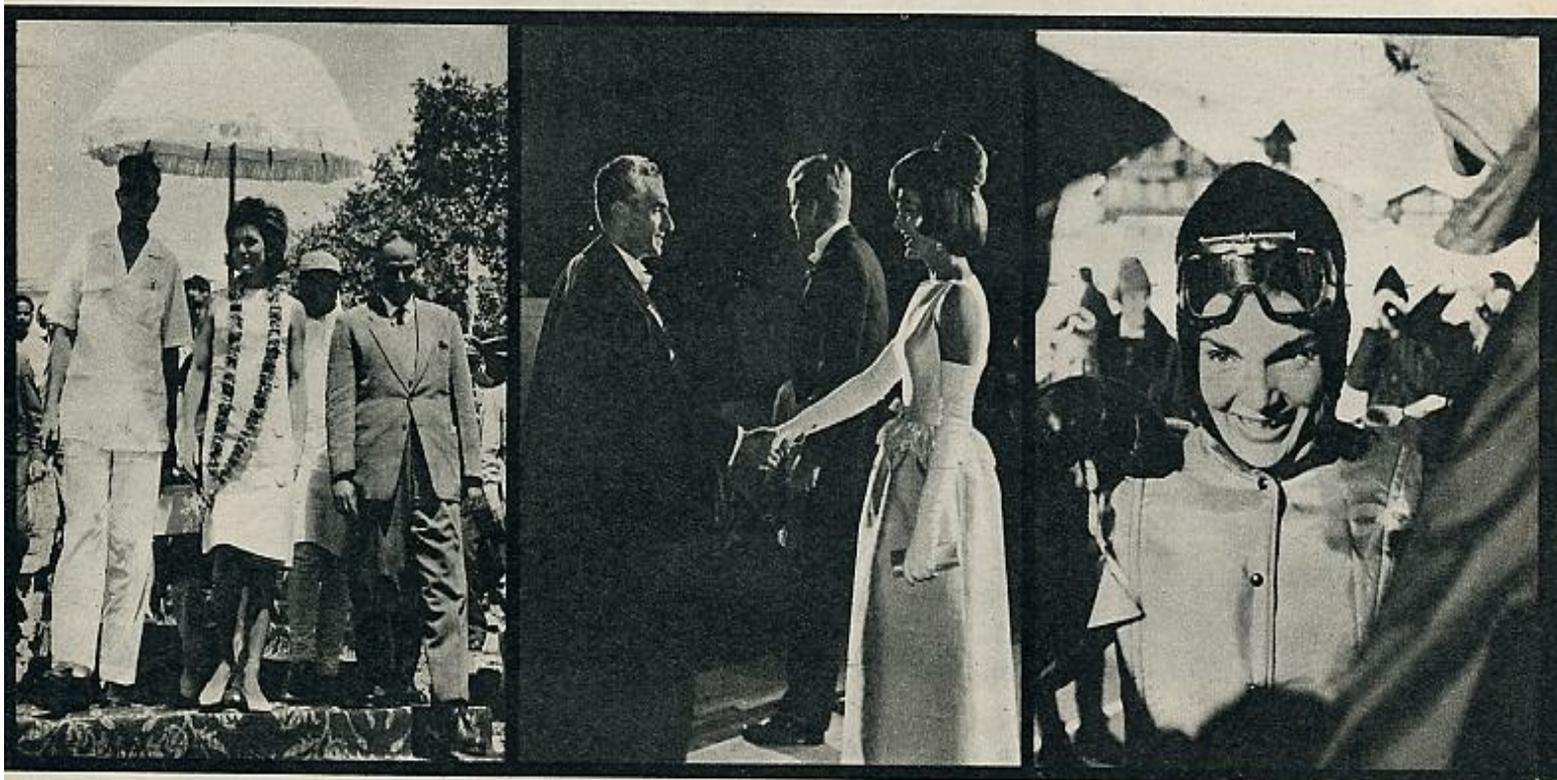
En el invierno pasado, cuando no era seguro si intentar o no la escalada de la Casa Blanca, Bob Kennedy sabía que la amistad entre Jacqueline y Onassis había llegado a ser algo muy distinto de las habituales relaciones superficiales entre personas del «jet-set». Onassis pidió a Jacqueline en matrimonio, en el mes de mayo, cuando los Kennedy estaban todos ocupados en las primarias de Oregón y California. Pero hasta después del asesinato de Bob, la única persona del clan Kennedy a la que ella se sentía próxima, no decidió Jacqueline aceptar definitivamente la propuesta.

En los últimos días, los Kennedy han tratado de dar la impresión que la viuda del presidente se había casado con su plena aprobación. Dos de las hermanas Kennedy estaban a bordo del «Olympia», que condujo a Jacqueline a Grecia, Rose Kennedy ha celebrado una conferencia de prensa, Ted Kennedy ha hecho pública su declaración de felicitaciones. La verdad es que las relaciones entre Onassis y Jacqueline habían hecho empeorar, desde hacía tiempo, las relaciones, siempre bastante frías, entre Jacqueline y el resto del clan.

Los amigos más íntimos temen, sobre todo, que el amor y el interés romántico de Onassis puedan agotarse repentinamente, apenas conseguido el objetivo del matrimonio. Como otras mujeres antes que ella, también Jackie podría muy pronto ser abandonada, aburriéndose mortalmente a bordo del «Christina» o en su apartamento de la Fifth Avenue. Algunos miembros de la familia se sintieron ofendidos por el hecho de que Jacqueline quisiera casarse tan inmediatamente después de la tragedia de Los Angeles. Pero otros miembros del clan se preocupan del grave golpe que la noticia ha infligido a la leyenda de los Kennedy y a las aspiraciones políticas de Ted.

Entre los amigos más íntimos, Kenneth Galbraith se ha negado a revelar cuáles hayan sido sus reacciones, y ha confirmado los rumores según los cuales había tratado de persuadir a Jackie, con tacto y delicadeza, que no llevara a cabo ese matrimonio. Se sabe, sin embargo, que Robert McNamara ha tratado, en nombre de amigos y de miembros de la familia, de desarrollar una tarea de persuasión, pero sin éxito.

SU VIDA UN CONTINUO HAPPENING



La primera reacción de los americanos, ante la noticia del matrimonio, ha sido de incredulidad: la cosa parecía tan extraña que varios periódicos, y por lo menos una cadena de televisión, la NBC, aun teniendo la noticia del matrimonio desde hacía varias semanas, no la publicaron inmediatamente porque no la creían posible.

Las relaciones del público han sido mucho más severas, incluso tan brutales que no podrían ser impresas en los periódicos o transmitidas por telegrama. No ha faltado quien, recordando los enormes esfuerzos financieros que la familia Kennedy ha debido soportar en los últimos tiempos, ha sospechado que el matrimonio haya sido sugerido por estimaciones estrictamente económicas. Es difícil decir cuánto haya de verdad en estas suposiciones. Lo cierto es que tanta severidad en los juicios se explica, en parte, por el mito que Jacqueline representaba para millones de americanos y por la mala fama que rodea a Onassis en los Estados Unidos.

En realidad, para doscientos millones de americanos, Jacqueline ha sido siempre un símbolo de belleza, de elegancia, de inteligencia y de virtud; maestra de los más extraordinarios refinamientos del buen gusto, desde la cocina al arte, de la moda a la cultura. Por el contrario, Onassis aparece a los ojos de los americanos como el típico aventurero sin patria y sin principios. No es el último de los «Robber Barons», los «emprendedores bandidos» pasados de moda desde hace medio siglo, por lo menos. En una época en la que la preocupación principal de los multimillonarios es enmascararse, alardear de una renta de doscientos mil dólares —unos catorce millones de pesetas— al día no contribuye, desde luego, a crear simpatía hacia Onassis. Y todavía menos le dan prestigio y respeto los grifos y los bidets de oro, las chimeneas de salón de lapislázuli o la idea de construir, en Skorpis, una copia «imaginaria» del palacio de Knossos.

Cómo es posible, por tanto, se preguntan los americanos, que una mujer como Jacqueline pueda resultar encantada por un hombre que cree tener una refinada sensibilidad sólo porque tiene en su yate la «Asunción», del Greco. La verdad es que la cultura, la pasión por el arte y la gran clase aristocrática de Jacqueline son solamente un mito, como un mito es su intensa fe católica.

En realidad, Jackie es lo que en América llaman una «drop out»,

una muchacha que en la época en que sus compañeras estaban en el «college» se trasladó, por un poco de tiempo, a Francia e Italia simplemente porque no se acomodaba a los rígidos programas del Vassar. Sus lecturas, tan aireadas, indican más bien la cultura de una estudiante, sin estar al día, con pocos títulos de éxito. Arthur Schlesinger, Kenneth Galbraith, Norman Podhoretz y decenas de otros eminentes intelectuales, estaban demasiado halagados por la atención de una mujer tan simpática y tan célebre para admitir que se trataba de una «parvenue» de la cultura, en la misma medida que los Kennedy eran «parvenus» de la alta sociedad. En cuanto a su sensibilidad política es lógico preguntarse cómo una mujer, que por lo menos durante un decenio ha estado asociada a los mayores exponentes de la izquierda democrática, puede convertirse en la esposa del mejor aliado de los coroneles griegos.

La respuesta es fácil. Para Jackie, la Nueva Frontera y la música de Strawinski, las Memorias de De Gaulle y los chascarrillos de Onassis, las sesiones con los intelectuales o los chismes de los invitados del «Christina», han sido siempre sólo una serie de actos, igualmente importantes, de ese continuo «happening» sin perspectiva que es la monótona cabalgata del «jet-set». Y hay que añadir también que el clan de los Kennedy tenía, por lo menos, tanta afinidad con el mundo del «jet-set» como pudiese tenerla Jacqueline. En 1963, John Kennedy, tenía buenas razones políticas para no exteriorizar las relaciones de su familia con Onassis: sin embargo, muchos de los huéspedes del «Christina» son aquellos mismos a los que Kennedy invitaba a finales de año en Palm Beach. Frank Sinatra, por ejemplo, era un íntimo, tanto de Kennedy como de Onassis.

En fin, es indudable que con este matrimonio adquieren relieve, de repente, los aspectos menos atractivos de los Kennedy y de su carrera. Muchos observadores son de la opinión que las relaciones entre Onassis y Jacqueline, serán tempestuosas y que no pasará mucho tiempo antes de que haya un nuevo escándalo. Pero aunque estas previsiones no se cumplan, Onassis suministrará abundantes pretextos a los columnistas de los chismografeos para recordar constantemente al electorado americano que la reina de la Nueva Frontera ha pasado a ser tan sólo la reinicita de turno de la «café society». ■ MAURO CALAMANDREI. Fotos: ARCHIVO.